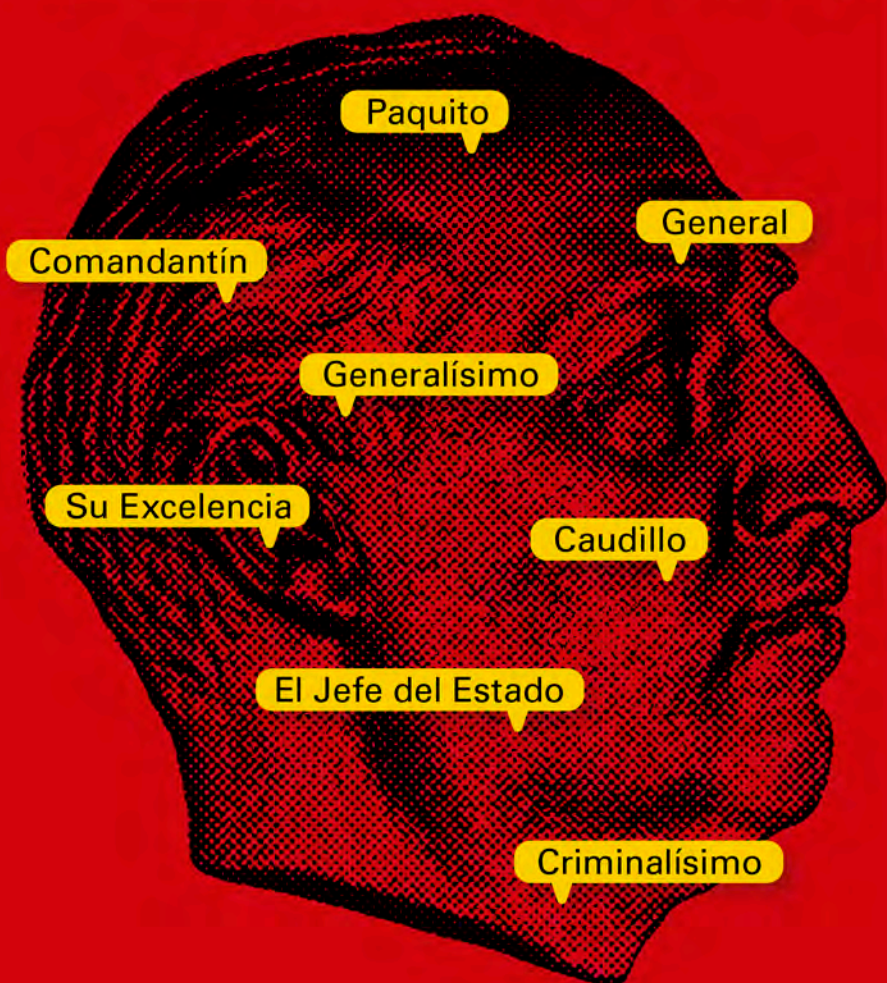


Javier Rodrigo

Generalísimo

Las vidas de Francisco Franco, 1892-2020



JAVIER RODRIGO

Generalísimo

Las vidas de Francisco Franco, 1892-2020

Galaxia Gutenberg

Edición al cuidado de María Cifuentes

Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: octubre de 2022

© Javier Rodrigo, 2022
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2022

Preimpresión: Fotocomposición Gama, SL
Impresión y encuadernación: Sagrafic
Depósito legal: B 12264-2022
ISBN: 978-84-19075-57-4

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Para Alessandra

Para Melania

Para Carlos

Gracias por esperarme

[...] Como toda etapa histórica, el franquismo ha dejado una huella honda, pero creer que el dictador tutela España desde el más allá es, siendo generoso, una muestra de pensamiento mágico. Proclamarse anti-franquista o señalar franquistas en 2021 tiene el mismo sentido político que apoyar las cruzadas en Jerusalén o la resurrección del Imperio otomano.

SERGIO DEL MOLINO,
Contra la España vacía (2021: 106).

Paso de buey, vista de halcón, diente de lobo y hacerse el bobo.

JOSÉ ANTONIO GIRÓN DE VELASCO,
sobre Franco.

Índice

Introducción. Los nombres de Franco.	13
1. Paquito	27
Un gallego sonriente	29
Dios querrá nuestro triunfo	39
Patología y carencia.	51
Desastre e infancia.	60
2. Comandantín	73
Como un lirio blanco en una charca	75
A luchar, a vencer, a morir.	83
Obediencia debida.	93
Y su amor fue su Bandera	100
Un nuevo ejército.	115
3. General	123
Orden y disciplina	126
Contra la revolución	134
Miss Canarias 36.	145
Muy difícil y muy sangriento	163
4. Generalísimo	173
Salir de la ratonera.	174
Nada ambicioné tanto en mi vida	187
No hay Caudillo sin masa	200
Un santo	210
Rayo de la guerra.	224
Bisturí en carne que duele al propio cirujano	237

5. Caudillo	253
Solo ante el peligro	256
Profeta de Europa	271
Padre de la patria.	286
6. Su Excelencia...	303
Ilustres visitantes	304
El cabo de las tormentas	311
El desarrollo como legitimidad	324
Apoliticismo como política	339
7. ...El Jefe del Estado	353
Que veinticinco años no son nada	355
Abuelo feliz	370
Qué duro es morir	385
Coda: Criminalísimo	397
Muerte en el Valle	398
Indeseado fantasma	410
Francisco.	423
Notas	431
Fuentes y bibliografía	477
Agradecimientos.	491

Introducción

Los nombres de Franco

Su Excelencia, Caudillo, Generalísimo, Cerillita, Paca la Culona, Miss Canarias 36. Todas esas denominaciones hacen referencia a la misma persona: a Francisco Franco Bahamonde (1892-1975). El militar que más rápidamente ascendió a general en la Europa de su tiempo. El vencedor de una cruenta guerra civil entre 1936 y 1939, la más importante de las que tuvieron lugar en Europa entre 1918 y 1949. El jefe del Estado en España entre 1936 y 1975, título jamás revocado por ninguna norma o ley posterior. El que dio nombre al régimen contrarrevolucionario nacido en la guerra, perteneciente en sus orígenes a la familia de los fascismos europeos, evolucionado después –sin renunciar jamás a su legitimidad de origen, la Victoria– hacia un Estado autoritario-desarrollista de base fundamentalista católica, un sistema de poder unipersonal y providencialista, en última instancia gerontocrático, que solamente finalizó con su muerte y con la votación, tres años después, de una Constitución democrática en España.

Generalísimo no pretende volver a reconstruir el periplo vital de Franco, sino recorrer su biografía a partir de sus denominaciones: de cómo lo llamaron, y de cómo se autodenominó. Este libro estudia la vida de Franco, pero también, y sobre todo, los mitos adheridos a su biografía, identificando sus orígenes y explorando sus largas o cortas vidas. No es pues una biografía, sino una *metabiografía* que analiza la vida y las representaciones biográficas del dictador, contextualizándolas en un marco historiográfico actual y ambicioso. Y propone, en última instancia, un viaje por los mitos sobre Franco, desde el del niño acomplejado hasta el del buen dictador, el Franco banal, familiar, austero, paternalista y patriota al que tan duro le pareció morir, con paradas por el

Franco guerrero inmortal en Marruecos, el represor de Asturias, el golpista, el Generalísimo y el César invicto que libró a España de la catástrofe de la Segunda Guerra Mundial, trajo el bienestar y preparó la democracia. Mitos a los que se suman las miradas críticas y las representaciones actuales de un Franco *criminalísimo*, traidor frío y calculador, criminal despiadado y detestable. Mi objetivo no es otro que tratar de comprender el lugar que ocupa el dictador en la historia reciente de España y de los españoles, a partir del análisis de cómo sus vidas, la real y la imaginada, se han proyectado sobre la sociedad.

Franco se creó a partir de su biografía, siendo este, el biográfico *franquiano*, uno de los géneros de literatura política más importantes de la España del siglo xx. Este es posiblemente uno de los grandes descubrimientos de este libro, cómo la reconstrucción mitologizada de la vida de Franco se convirtió, hasta bien entrados los años de la consolidación de su dictadura, en una de las grandes fuentes para la construcción de su legitimidad. En tanto que clave de bóveda del régimen que encabezó, la representación de su figura y de su vida formaría parte de manera central e insoslayable del núcleo explicativo para comprender la naturaleza de su poder. Un poder excepcional –o mejor dicho: de excepción– donde la idea providencialista, el hecho de erigirse en el elegido de Dios para salvar y conducir a España, fue siempre la base simbólica para la construcción de su «mando natural» desde el momento en que hubo de ejercerlo, es decir, tanto en el tiempo del caudillaje militar coagulado el 1 de octubre de 1936 como en el del fascismo desplegado, y también (y hasta su muerte) en el del posfascismo autoritario-desarrollista de base fundamentalista católica. Este libro busca desentrañar cuánto de verdad y cuánto de mito tienen los grandes relatos sobre el Generalísimo desplegados desde antes de la guerra civil y, sobre todo, durante y después de la misma.

Tratar sobre Franco no es una tarea sencilla. Sobre todo, cuando hay que lidiar con la propaganda y la construcción en positivo del personaje y de su mito, pero se es consciente de sus sombras. O más que sombras, de los abismos de terror –también del terror cotidiano, diario, ambiental– que forman parte de toda esa por-

ción del relato que no está delante, pero que existe, tapada por las cortinas de la hagiografía y la banalización. Escribir sobre Franco es hacerlo no solamente acerca del líder victorioso sobre el que muchos españoles proyectaron sus ideales e identidades, sus afectos y sus esperanzas, sino también sobre la persona que encabezó y venció una guerra civil terrible que acabó o truncó la vida de cientos de miles de personas, que se situó como líder máximo, «líder natural» como lo llamarán muchos en este libro, de un paraestado primero y un Estado después, España, su España, en el que se ejecutó con o sin defensa explícita a decenas de miles de seres humanos, se impuso una política de ocupación territorial de largo recorrido basada en la explotación colectiva del enemigo común, que estableció mecanismos de internamiento judicial y extrajudicial masivos, que usó mano de obra forzada de mujeres y hombres por igual (pero diferenciados por la inferioridad reconocida de ellas frente a ellos), que desplegó una guerra irregular sin cuartel contra la resistencia armada y contra miles de civiles que la apoyaban o toleraban en diferentes grados, que aprobó y sostuvo con determinación la existencia de una parte de la ciudadanía transterrada, refugiada, desplazada forzosamente fuera de las fronteras del país. Un hombre que después de cumplida esa tarea de limpiar España y redimir a los españoles, consagró su vida a ser la clave de bóveda de un régimen político fundamentalista y autoritario-desarrollista donde fueron norma de Estado la falta de empatía hacia el vencido y la exclusión social, política, económica y cultural del no perteneciente a la comunidad nacional.¹

Ese es, en última instancia, el personaje principal de este libro, y para conocerlo nos acercaremos a él a través, como decía, del análisis de sus biografías escritas, radiadas, impresas. En una pura especulación, podríamos pensar que aquí se va a analizar la idea que el dictador pudo llegar a tener de sí mismo. Me gusta creer que he podido reconstruir cómo Franco se imaginó a través de sus biógrafos, aunque esta es, obviamente, una mera conjetura. Como se ha podido saber gracias al largo proceso judicial y político que ha reintegrado a la titularidad pública el Pazo de Meirás (Sada, A Coruña), al menos en la escasa biblioteca perso-

nal –seguramente menguada por años de transportes familiares– de la residencia veraniega de los Franco no se conservan biografías, más allá de unos cuantos libros de compromiso, de caza o de pesca.² Con todo, a mi juicio es bastante probable que las conociese, e incluso que sí las leyese, al menos las escritas por personas cercanas como Joaquín Arrarás o José Millán-Astray. Como ha dicho en muchas ocasiones Paul Preston, una de las características más peculiares de Franco, y que creo es extensible a buena parte de los autócratas contemporáneos independientemente de su inteligencia o estupidez, es que se creía su propia propaganda. De ser así, Franco creyó (y alimentó con sus propias declaraciones y omisiones) que estaba tocado por el dedo de Dios (que desvió la bala que le hirió en el vientre o que, en ocasiones, le proporcionaba paréntesis vitales para dedicarlos a su formación intelectual) a fin de conseguir la destrucción implacable de los enemigos de España. Que estaba predestinado para el poder. Que era un líder invencible, un guerrero profesional y vencedor sobrenatural. Que libró a España del comunismo y de la catástrofe de la Segunda Guerra Mundial. Que fue, pacificador y austero, el artífice de la modernización económica y del bienestar de los españoles, cuyo régimen les permitió prosperar en paz y concordia. Que restauró la monarquía. Y que, en suma, su misión en el mundo era velar por sus compatriotas, la gran familia de los españoles de la que era padre, el *pater familias*. Un Franco investido por una autoridad sobrenatural, epítome e hipóstasis de España, portavoz y brazo ejecutor de la voluntad divina elevado por los suyos para cumplir con un destino superior. Y, a la vez, uno más entre sus compatriotas, a los que abarcaría en su último suspiro en un gigantesco abrazo final de despedida.

Seguramente, a Franco le resultaría complicado abstraerse de la corte de aduladores que lo rodeaban, que escribían sobre él mitos, fabulaciones, fantasías y deformaciones de la realidad. No sabemos si se creía los elogios y exageraciones de su corte de panegiristas (o por decirlo con una bella palabra del castellano, de lameculos), el concierto de alabanzas de los Millán-Astray o Luis de Galinsoga, o si aprobaba su exaltación biográfica, también en clave religiosa, en las ondas de Radio Nacional de España. Algo

habría cuando en 1943 Ángel Pérez Rodrigo escribió que, «a pesar de todas sus maravillosas cualidades y del alto puesto que ocupa, ni la admiración continuada de que es objeto, ni los continuos éxitos logrados en todos los sectores y ambientes en que ha vivido y triunfado, no existe en él vanidad ni orgullo».³ Tampoco conocemos si pudo estar interesado en las biografías críticas publicadas fuera de España, que lo mostraban, en un negativo de esa imagen de perfección y bondad, como un dictador mediocre, temerario, criminal, cuco, taimado, ambicioso, cruel y triste. Así lo señala uno de sus biógrafos, que muestra a Franco preocupado por lo que los demás pudieran decir de él, especialmente aquellos que vivieron a su lado los hechos cruciales de su vida, por lo que durante años «leyó con fruición las memorias de sus contemporáneos publicadas en el exilio y trató de confiscar las que pensaba que le podían perjudicar».⁴ Pero todo eso es virtualmente inde-mostrable.

Tampoco está claro si llegó a plantearse escribir sus memorias. Por ellas se interesó en 1964 el editor jefe de la editorial neoyorquina Doubleday & Company, Ken McCormick (responsable de las memorias de Dwight D. Eisenhower y Richard Nixon), quien pensaba que la «gran experiencia» del Caudillo había sido «ex-puesta de manera tendenciosa por otros testigos».⁵ En 1975 José Manuel Lara, director gerente a la sazón de la editorial Planeta, decía conocerlas y pretendía publicarlas.⁶ De su misteriosa existencia dio fe, una vez muerto, su hija Carmen. Sin embargo, de eso queda muy poco rastro, y no llega para afirmar si, efectivamente, Franco llegó a esbozar (como se dice) sus recuerdos, que quedarían inéditos. Pero sí se sabe, por ejemplo, que tuvo interés por conocer el plan provisional de algunas de sus biografías, como la de Brian Crozier, cuyo índice se puede encontrar entre sus papeles privados, y que es todo un anuncio de intenciones de narratividad histórica: según el plan de trabajo, la biografía constaría de un libro sobre el «telón de fondo histórico», otro sobre el período desde su infancia hasta la guerra civil (con un significativo «Exilio» en 1936 tachado y sustituido por «Destierro», en referencia a su envío a Canarias), otro sobre la guerra misma («Al-zamiento. Dominación Roja. Cruzada. Relaciones con el Eje»),

un cuarto sobre la Segunda Guerra Mundial (bien destacado: «Hendaya»), un quinto sobre la «Paz Española» («Aislamiento de España. Regreso de España a la esfera internacional. Progreso interno. Estabilización y modernización»), y un último libro: «Significado histórico del Caudillo». Y por fin, un listado de temas a discutir: la sanjurjada de 1932, la violencia en 1934, la «amenaza comunista durante la República», el «odio al comunismo», los «libros que más influyeron su pensamiento». ⁷ El marco histórico aparece nítido, todos los nódulos contribuyen a la forja de los mitos de la biografía de Franco. Tanto, que la embajada española en Londres informaría con satisfacción del comentario sobre la obra en *The Tablet*: «no basta con triunfar en una guerra civil, como Grecia demuestra actualmente. Se necesita también a una persona extraordinaria para obtener sus frutos», y ese era el tema del «ponderado y preciso estudio» de Crozier. ⁸ Quien, por cierto, también estaba, como yo, interesado en saber qué leía Franco. Si es que leía.

Aparentemente, la lectura no era una práctica cultivada en su familia. Según el comandante de su yate, el capitán Meiras, el único libro que aparece en su camarote «es la *Historia natural* de Buffon, que le permite identificar los peces que pesca», ⁹ una opinión coincidente con la tipología de los libros encontrados en la residencia veraniega del Pazo de Meirás: libros de caza, pesca, regalos de legaciones diplomáticas, y aparentemente poco más. Sobre esta cuestión de las lecturas sabemos, porque lo comentó con su primo Francisco Franco Salgado-Araujo y es fácilmente identificable en los archivos de la fundación que lleva su nombre, que, en una residencia sin bibliotecas, le dedicó tiempo y aflicciones a la historia de la guerra civil de Hugh Thomas, crítica con su desempeño militar y político y que acabaría convirtiéndose en un clásico sobre la materia en su interpretación histórica liberal. ¹⁰ Sin embargo, no sabemos si llegó a leer la obra o si se quedó en los informes que le preparaban sus ministros: en este caso concreto, Manuel Fraga Iribarne.

Tampoco es tan importante. Más que la imagen que Franco, intelectual o bobo, lector voraz u ocasional que fuere pudiera tener de sí mismo, me interesa la que tuvieron los españoles de él.

Lo cierto es que hay elementos de la biografía de Franco que son casi lugares comunes, pero no por conocimiento sino por sobreexposición. La vida de Franco, o mejor dicho, una determinada narrativa de su biografía, fue tan exageradamente explicada en medios propagandísticos, periodísticos o parahistoriográficos, desde Radio Nacional de España al NO-DO, desde las biografías oficiales hasta la prensa rosa, fue tan ineludible para cualquier persona nacida en España entre finales del siglo XIX y el último cuarto del XX, que acabaría calando en el conocimiento más o menos general, más o menos específico, más o menos estereotipado de la cultura contemporánea de los españoles. Su infancia y años formativos, sus últimas semanas de vida, pasando por su presencia en las guerras coloniales españolas en el norte de África, su papel contra la revolución socialista en 1934, su victoria en la guerra civil, su supuesta oposición a la entrada de España en la Segunda Guerra Mundial o su agencia en la transformación económica bajo su mando serían algunos de los elementos a partir de los cuales se construyeron los valores centrales relacionados con su figura y con su poder. A partir de la construcción de su periplo vital se hablaría de su carácter infatigable (la «lucecita del Pardo»), su cercanía a la divinidad (el dedo de Dios que le guía y salva), su naturaleza bondadosa de devoto cristiano y abuelo. También, de caracteres personales como su trato distante, frío y ausente, su carácter asexuado o amanerado (con no menos ecos sensacionalistas de castidad forzosa, impotencia u homosexualidad), la escasez de su cultura, su aprendida y nunca escondida falta de empatía y hasta crueldad con sus enemigos, su supuestamente desmesurada ambición.

Todos estos elementos de la biografía del Caudillo constituyen el cemento para la construcción social de una imagen de Franco abiertamente estereotipada, pero recurrente y sólida, fundamental para comprender la importancia de su figura en la contemporaneidad española y aprehender tanto la ferviente adhesión a su figura por una parte sustancial de la población española como la aversión en otra no menos sustancial porción de los españoles. De su dictadura emanan valores como autoridad, comunidad nacional, familia, seguridad, orden, nacionalismo de Estado, desarro-

llo, bienestar, pero también violencia, falta de libertades, persecución política, represión, pacatería, incultura, provincialismo. Sobre su titular se proyectan los estereotipos de heroico, familiar, austero, paternalista, patriota, pero también pío, aburrido, insensible, cruel, autoritario. De ver cómo se presentan esos valores en sus biografías va también este libro, y de cómo los pudieron percibir, qué Franco pudieron conocer los españoles del siglo pasado y del actual. Pese a no tratar sobre actitudes sociales y políticas, tema sobre el que disponemos de una amplia y fructífera bibliografía,¹¹ uno de los principales desafíos de este *Generalísimo* ha sido construir una historia cercana a la multiplicidad y complejidad de la figura tanto pública como íntima del dictador, más allá de una mirada vertical (construcción simbólica del liderazgo carismático, propaganda) bien estudiada ya en la historiografía.

No es una tarea para nada sencilla. Dejando al margen los estudios biográficos de la historiografía, la sobreabundancia de los estereotipos en positivo es abrumadora, frente a quienes han tratado de contraponerlos con análisis críticos y relativizaciones de las exageraciones mitopoéticas. Es igualmente cierto que esa tendencia se ha revertido claramente con el paso de los años desde la muerte del dictador. Con la profesionalización de la historiografía (y, sobre todo, con la aparición de la gran biografía canónica, la de Paul Preston de 1993) tanto el mito de Franco como la piñata creada por el antifranquismo fueron sustituidas, al menos en las biografías publicadas, por una mirada progresivamente complejizadora. Con filias y fobias, por supuesto. Toda la historia es historia del propio presente, y todas las revisiones del pasado –sobre todo cuando tienen que ver con una figura como Franco y un tiempo, la España de la República, la guerra, la dictadura y la democracia– son siempre análisis vinculados al *hic* y el *nunc* de quienes las escriben. Nuestra mirada se ancla en la dialéctica entre pasado y presente. Pero, a diferencia de la propaganda, la historiografía no puede renunciar al conocimiento sólido de la tradición, sin el cual ningún riesgo epistémico es aceptable y toda sofisticación analítica se queda en fuegos artificiales. Ni puede, claro está, mirar hacia otro lado cuando lo que se analiza contradice los propios sesgos y las propias opiniones. Ese ha sido uno de

los grandes retos de los biógrafos, no de los propagandistas, de Franco. También lo ha sido de este libro.

A diferencia de quienes han trabajado los debates alrededor de las biografías públicas de Benito Mussolini y Adolf Hitler, aquí he tenido que afrontar una mayor duración vital del personaje. Además, me he planteado un análisis abiertamente contemporáneo. Es decir, que no tiene un límite cronológico cerrado con la muerte de su protagonista, sino que trata de adentrarse en la maraña de relatos públicos y políticos que trascendieron su desaparición. Pese a plantear un índice muy convencional en un libro de historia (se inicia en lo más lejano en el tiempo y se acaba con lo más cercano), la arquitectura de este libro es más temática que cronológica. Aborda cómo los propagandistas primero, y los historiadores después, han tratado los grandes elementos que constituyen el mito de Franco en España a través de sus biografías. En este libro aparecerán, cual juego de espejos cambiante entre narrativas, usos públicos y políticos, episodios de la vida del dictador: por un lado, su personalidad pública y la construcción biográfica de su infancia y período formativo (capítulo 1). Por otro, la imagen pública del Franco militar, primero en Marruecos (lugar donde según algunos autores «nació» la leyenda del soldado invencible, recto, justo, cruel y despiadado) y luego en Asturias (capítulo 2), y el Franco contrarrevolucionario y golpista de la Segunda República (capítulo 3). A continuación, y con especial relevancia, la creación del relato capital en la biografía política de Franco: los años centrales para la construcción de su biografía pública y de su mito, la guerra civil española (1936-1939) y su posguerra (1939-1949), en el contexto de la Segunda Guerra Mundial, en los capítulos 4 y 5. Más adelante, me acerco a las metamorfosis de su imagen pública durante la larga dictadura que encarnó y a cuyo régimen dio nombre hasta su muerte en 1975 (capítulos 6 y 7). Y por fin, en la coda final, al espacio simbólico que ha ocupado Franco tras su muerte y hasta la actualidad.

Soy consciente de los desequilibrios propios de un índice como el planteado. De los problemas metodológicos, éticos y estéticos de incluir un capítulo, aunque sea breve, sobre la vida *post mortem* del Caudillo. O de lo complejo que resulta un análisis de la

personalidad de Franco en el que debe romperse, por fuerza, la línea cronológica, asidero siempre recurrente del historiador, y donde no todos los períodos vitales ocupan espacios equitativos. Con todo, creo en primer lugar, y a modo de perogrullada, que hay períodos de la biografía de todas las personas que condensan más elementos determinantes de su periplo vital que otros. Que, en el caso de Franco, estos se sitúan en los años de profesión militar, en Marruecos, en la España republicana, en la de la guerra y la posguerra. Que así lo vieron, o lo quisieron ver, la enorme mayoría de sus biógrafos, oficiales o no, aduladores o críticos, en largos libros o en cortas alocuciones radiadas. Y, además, que el mismo Franco se encargó de ubicar en esos años, los que irían de 1907 (año de ingreso en la academia de Toledo) a 1949, el eje gravitacional de su propia vida.

Según Alberto Reig Tapia, Franco se jubiló en 1953.¹² Yo no estoy de acuerdo: con la desfascistización del régimen, la normalización en el marco de las relaciones internacionales y la paulatina consolidación del Estado fundamentalista católico autoritario-desarrollista, Franco se jubiló, a lo sumo, de algunos de sus menesteres. Pero en otros siguió plenamente en activo. Por ejemplo, en su trabajo como objeto simbólico y como hipóstasis de España. Franco sería un hombre y, a su vez, un concepto, una metáfora. Así se oiría en un documento sonoro de Radio Nacional de España emitido un mes antes de su muerte: «Franco ha sido como el espacio dentro del cual se han desarrollado la política y en muchos aspectos la vida en general»¹³ a lo largo de su larga existencia. Y eso es, en sí mismo, también un elemento generador de mitos, adheridos a los del militar victorioso y salvador de la patria: el del buen gobernante, el del cristiano timonel, el del abuelo amoroso, y en última instancia el de la mala muerte, por alargada y sufriente.

De su creación y expresión biográfica trata *Generalísimo*. Este libro, decía antes, puede bien considerarse la primera *metabiografía* de Franco pues, principalmente, en él reconstruyo su biografía a partir de los trazos más destacados por sus propagandistas y hagiógrafos, pero también por sus críticos. Si he elegido este formato de libros y no otros de naturaleza más inmediata (los

periódicos, los discursos políticos, los tuits, los foros de internet) como fuente principal de información ha sido, primero, porque las biografías constituyen un formato sólido, conocido y reconocible en historiografía. Segundo, porque ofrecen mucha mayor complejidad analítica que otras fuentes más volátiles e inmediatas, además de un abanico cronológico-temático más amplio. También, en tercer lugar, porque todas ellas son en sí mismas construcciones valorativas e interpretativas, cambiantes y contingentes: como podrá comprobarse, uso biografías desde los años treinta hasta los inicios del actual siglo, y también entre estas últimas abundan, dentro de un marco historiográfico, toda una batería fácilmente reconocible de prejuicios positivos o negativos. Además, en cuarto lugar, porque su ubicación en la línea temporal nos ofrece también datos interesantes. Hoy se publican pocas biografías de Franco, a diferencia de lo que ocurría en los años cincuenta o en los setenta, tras la muerte del dictador, o en 1992, alrededor del centenario de su nacimiento. Y eso es reflejo tanto de lo asentado que se encuentra el conocimiento de su periplo vital como de la menguante centralidad que ocupa su figura en el ágora pública.

Con todo, la versatilidad de la figura del Franco sigue generando hoy grandes controversias en la esfera pública, difuminando los contornos de sus características como político, gobernante, militar o ser humano. O sabio benefactor o cruel represor, o político mediocre o gran estadista, o general nunca derrotado o pésimo estratega militar, la figura del Caudillo sigue aún rodeada de exageraciones, bulos, mitos y distorsiones propagandísticas. Aquí no voy a proporcionar respuestas. No aspiro a tanto. En este libro planteo más bien un caleidoscopio guiado por una serie de preguntas como profesional de la historiografía. No se trata de un juego intelectual ni de un divertimento privado: detrás de esas interpretaciones se hallan, por un lado, las cosmovisiones populares sobre el dictador y su dictadura, vivas y fuertes durante los cuarenta años que duró, y aún identificables en la actualidad. Y por otro, se encuentran las bases culturales sobre las que se apoyaron formas de movilización y políticas estatales, que determinaron a su vez cuestiones capitales de la historia reciente española

(y no solo) como, por ejemplo, la forma de liderazgo carismático de Franco, el significado de conceptos y procesos históricos como el fascismo, el caudillaje o el fundamentalismo religioso de base providencialista, la larga duración de su régimen político o su sucesión en la jefatura del Estado. No son cuestiones precisamente baladíes.

Hay mucho de reflexión personal en este libro, pero también en cierta medida lo hay de reflexiones compartidas. No pretendo ser portavoz de nadie, más allá de mis propias visiones e interpretaciones. Pero es cierto que, aunque son ya varias las generaciones de historiadores, admirables todos ellos, que se han acercado a la figura de Franco y han desmenuzado su biografía (Bartolomé Bennassar era de los veinte, Stanley Payne nació en los treinta, Paul Preston, Javier Tusell, Juan Pablo Fusi, Ángel Viñas y Alberto Reig Tapia en los cuarenta, Justo Serna en los cincuenta, Enrique Moradiellos, Francisco Sevillano y Antonio Cazorla en los sesenta), la mía, la de los nacidos en la segunda mitad de los años setenta, después de muerto el Caudillo, aún no lo ha hecho. Mi generación ha estudiado con profusión el franquismo, pero no a Franco. Sin ir más lejos, mi propia trayectoria como historiador siempre giraba a su alrededor, pero no trataba sobre él. El dictador era una elipsis, los sujetos eran otros. Sin embargo, su apellido, convertido en adjetivo, iba poblando mis trabajos. Campos de concentración *franquistas*; violencia *franquista*; retaguardia *franquista*; guerra de ocupación *franquista*. Siempre Franco, pero más como paisaje que como protagonista: no un nombre, sino un adjetivo. Hasta este libro.

Elevado sobre el pavés. Místico. Guardián de las reliquias de los santos españoles, como la de la mano incorrupta de santa Teresa de Jesús, de la que no se separaba en sus viajes y con la que dormía todas las noches. * Sobrenatural, hasta el punto de que, a

* Encontrada durante la ocupación de Málaga en febrero de 1937 entre los objetos personales requisados al coronel republicano José Villalba Rubio. Villalba fue el jefe del asedio de Huesca en 1936 y responsable del ejército del sur republicano, más tarde comandante militar de Gerona encargado de la retirada de las tropas republicanas a Francia: toda una sucesión de fracasos. Casado con la

su muerte, la gente le dejaría peticiones manuscritas de milagros en el ataúd. Según Salvador Dalí, un santo. Tocado por Dios. Excepcional. Único. O como dirían los altos mandos retirados del ejército cuyos chats se filtraron en 2020: Irrepetible. De ahí el título de este libro. Dictadores y autócratas hubo muchos en los siglos XIX y XX en todo el mundo. También caudillos militares, algunos incluso coetáneos. Pero en España, nadie más que Franco fue Generalísimo. Sin más prolegómenos, esta es mi mirada sobre la historia, los mitos y la biografía, real o imaginaria, de Francisco Franco Bahamonde.

hija del capitán general Francisco Gómez-Jordana (director de la Junta Técnica del Estado) e hijo del general José Villalba Riquelme, que había sido profesor y mentor de Franco en la academia de Toledo y ministro de la Guerra fundador de la Legión en 1920, vivió en el exilio hasta su regreso a España y rehabilitación en los años cincuenta. Las malas lenguas hablan de que no se sumó a la sublevación de 1936 por diferencias monetarias con Emilio Mola.